

UCLA

Mester

Title

Las Salamandras

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/41w0n9xx>

Journal

Mester, 5(1)

Author

Rivera, Tomás

Publication Date

1974

DOI

10.5070/M351013496

Copyright Information

Copyright 1974 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Las Salamandras

Lo que más recuerdo de aquella noche es lo oscuro de la noche, el lodo, y lo resbaloso de las salamandras. Pero tengo que empezar desde el principio para que puedan comprender todo esto que sentí y también de que al sentirlo comprendí algo que traigo todavía conmigo. Y no lo traigo como recuerdo solamente, sino también como algo que siento aún.

Todo empezó porque había estado lloviendo por tres semanas y no teníamos trabajo. Se levantó el campamento, digo campamento porque eso parecíamos. Con ese rancharo de minesora habíamos estado esperando ya por tres semanas que se parara el agua, y nada. Luego, vino y nos dijo que mejor nos fuéramos de sus gallineros porque ya se le había echado a perder el betabel. Luego comprendimos yo y mi 'apá que lo que tenía era miedo de nosotros, de que le fuéramos a robar algo o de que alguien se le enfermara y entonces tendría él que hacerse el responsable. Le dijimos que no teníamos dinero, ni qué comer, y ni cómo regresarnos a Texas, apenas tendríamos con qué comprar gasolina para llegarle a Oklahoma. Y él nomás nos dijo que lo sentía pero que quería que nos fuéramos y nos fuimos. Ya para salir se le ablandó el corazón y nos dió dos carpas llenas de telarañas que tenía en la bodega, y una lámpara y kerosín. También le dijo a 'apá que si nos íbamos rumbo a Crystal Lake en Iowa a lo mejor encontrábamos trabajo en la ranchería que estaba por allí y que a lo mejor no se les había echado a perder el betabel. Y nos fuimos. En los ojos de 'apá y 'amá se veía algo original y puro que nunca les había notado. Era como cariño triste. Casi ni hablábamos al ir recorriendo los caminos de garba. La lluvia hablaba por nosotros. Ya al faltar algunas cuantas millas para llegar a Crystal Lake nos entró el remordimiento. La lluvia que seguía cayendo nos continuaba avisando que seguramente no podríamos hallar trabajo y así fue. En cada rancho que llegamos nomás nos movían la cabeza desde adentro de la casa, ni nos abrían la puerta para decirnos que no. Entonces me sentía que no era parte ni de 'apá ni de 'amá y lo único que sentía que existía era el siguiente rancho.

El primer día que estuvimos en el pueblito de Crystal Lake nos fue mal. En un charco se le mojó el alambrado al carro y papá le gastó la batería al carro. Por fin un garage nos hizo el favor de cargarla. Pedimos trabajo en varias partes del pueblito pero luego nos echaron la chota. Papá le explicó que solo andábamos buscando trabajo pero él nos dijo que no quería húngaros en el pueblo y que nos saliéramos. El dinero ya casi se nos había acabado y nos fuimos al oscurecer y paramos el carro a unas tres millas del pueblo y allí vimos el anochecer. La lluvia se venía de vez en cuando. Sentados en el carro a la orilla del camino, hablábamos poco. Estábamos cansados. Estábamos solos. En los ojos de 'apá y 'amá veía algo original. Ese día habíamos comido casi nada para dejar dinero para el siguiente día. Ya 'apá se veía más triste, agüitado, creía que no íbamos a encontrar trabajo. Y nos quedamos dormidos sentados en el carro esperando el siguiente día. Casi ni pasaron carros por ese camino de garba durante la noche. En la madrugada desperté y todos estaban dormidos y podía verles los cuerpos y las caras a mi 'apá, a mi 'amá y a mis hermanos y no hacían ruido. Eran caras y cuerpos de cera. Me recordaron a la cara de 'buelito el día que lo sepultamos. Pero no me entró miedo como cuando lo encontré muerto a él en la troca. Yo creo porque sabía que estaban vivos. Y por fin amaneció completamente.

Ese día buscamos trabajo todo el día y nada. Dormimos en la orilla del camino y volví a despertar en la madrugada y volví a ver a mi gente dormida, pero esa madrugada me entró un poco de miedo. No porque se veían como que estaban muertos sino porque ya me empezaba a sentir que no era de ellos.

El día siguiente buscamos trabajo todo el día y nada. Dormimos en la orilla del camino y volví a despertar en la madrugada y volví a ver a mi gente dormida y esa madrugada, la tercera, me dieron ganas de dejarlos a todos porque ya no me sentía que era de ellos.

A medio día paró de llover y nos entró ánimo. Dos horas más tarde encontramos a un rancharo que tenía betabel y a quien, según creía él, no se le había echado a perder la cosecha. Pero no tenía casas ni nada. Nos enseñó los acres de betabel que tenía y todo estaba por debajo del agua, todo enlagonado. Nos dijo que si nos esperábamos hasta que se abajara el agua para ver si no estaba echado a perder, y si estaba bien el betabel, nos pagaría bonos por cada acre que le preparáramos. Pero no tenía casas ni nada. Nosotros le dijimos que teníamos unas carpas y que si nos dejaba, podríamos sentarlas en su yarda. Pero no quiso. Nos tenía miedo. Nosotros lo

que queríamos era estar cerca del agua de beber que era lo necesario y también ya estábamos cansados de dormir sentados, todos entullidos, y claro que queríamos estar debajo de la luz que tenía en la yarda. Pero no quiso y nos dijo que si queríamos trabajar allí, que pusieramos las carpas al pie de la labor de betabel y que esperaríamos allí hasta que se bajara el agua. Y pusimos las carpas al pie de la labor de betabel y nos pusimos a esperar. Al oscurecer prendimos la lámpara de kerosín en una de las carpas y luego decidimos dormir todos en una sola carpa. Recuerdo que todos nos sentíamos agusto al poder estirar las piernas y el dormirnos fue fácil. Luego lo primero que recuerdo de esa noche y lo que me despertó fue el sentir lo que yo creía que era la mano de uno de mis hermanos y mis propios gritos. Me quité la mano de encima y luego vi que lo que tenía en la mano yo era una salamandra. Estábamos cubiertos de salamandras que habían salido de lo húmedo de las labores y seguimos gritando y quitándonos las salamandras del cuerpo. Con la ayuda de la luz de kerosín empezamos a matar las salamandras. De primero nos daba asco porque al aplastarlas les salía como leche del cuerpo y el piso de la carpa se empezó a ver negro y blanco. Se habían metido en todo, dentro de los zapatos, en las colchas, al ver fuera de la carpa con la ayuda de la lámpara se veía todo negro el suelo. Yo realmente solo las veía como bultitos negros que al aplastarlos les salía leche. Luego parecía que nos estaban invadiendo la carpa, como que querían reclamar el pie de la labor. No sé por qué matamos tantas salamandras esa noche, lo fácil hubiera sido subirnos al carro. Ahora que recuerdo, creo que sentíamos nosotros también el deseo de recobrar el pie de la labor, no sé. Sí recuerdo que hasta empezamos a buscar más salamandras para matarlas. Queríamos encontrar más para matar más. Y luego recuerdo me gustaba aluzar con la lámpara y matar despacio a cada una. Sería que les tenía coraje por el susto. Sí me empecé a sentir como que volvía a ser parte de mi 'apá y de mi 'amá y de mis hermanos.

Lo que más recuerdo de aquella noche fue lo oscuro de la noche, el soquete, lo resbaloso de las salamandras y lo duro que a veces se ponían antes de que las aplastara. Lo que traigo conmigo todavía es lo que vi y sentí al matar la última y yo creo que por eso recuerdo esa noche de las salamandras. Pesqué a una y la examiné bien con la lámpara, luego le estuve viendo los ojos antes de matarla. Lo que vi y sentí es algo que traigo todavía conmigo, algo puro – la muerte original.

Tomás Rivera

University of Texas, San Antonio

